

negar esta última percepción, téngala también para negar la percepción de toda realidad y de todo fenómeno; y despéñese en el escepticismo más radical que darse pueda, dudando de todo, de la realidad y del fenómeno, en el orden directo y en el orden reflejo.

Bajo otro punto de vista los escépticos que niegan la percepción de la inherencia y de la sustancia debieran renunciar á ocuparse en cuestiones filosóficas, ya de palabra, ya por escrito. En todas ellas han de hacer frecuente mención de nuestras percepciones y afecciones, de nuestras abstracciones y racionios; y no tienen derecho á esta mención, si niegan las percepciones de la inherencia y de la sustancia. Vemos nuestras percepciones, afecciones, etc., no en abstracto, sino en concreto, como cosas nuestras, como cosas que están en nosotros mismos: vemos que somos nosotros los que contemplamos un objeto abstracto, los que discurremos, etc. Asimismo por medio de la vista y del tacto percibimos cualidades en los objetos vistos y tocados. Quien pretenda que no puede afirmar que los objetos vistos ó tocados sean estensos, tengan esta ó aquella forma, mal podrá afirmar que nosotros percibamos, contemplemos, ó por medio del discurso lleguemos á conocer algún objeto. Sea, pues, consecuente, enmudezca, y deje para los dogmáticos la especulación en el terreno de la filosofía.

Nosotros distinguimos cuidadosamente los sentidos perceptivos y los afectivos. Sabemos que las afecciones que por medio de éstos se verifican, se hallan en nosotros; por lo cual no las atribuimos á los objetos, y no decimos que la rosa experimente la sensación del olor, ni el azúcar la de la dulzura. Pero también y por igual manera sabemos que están en los objetos las cualidades conocidas por los sentidos perceptivos. Atribuir al sujeto sensitivo no sólo las afecciones, sino también las cualidades percibidas, considerándolas como fenómenos suyos, es confundir lastimosamente unos y otros sentidos, y caer en un error semejante al de los que lo atribuyeran todo á los objetos, tanto las cualidades percibidas como las afecciones.

Esta última consideración nos lleva al examen de la segunda clase de cuestiones contenidas en la dificultad que vamos examinando. Refiérese esta segunda clase á los sentidos afectivos, y versa sobre la relación que tales sentidos tienen con el conocimiento de la verdad.

¿Percibimos por medio de ellos los objetos sensibles? ¿Es por ellos estimulado el entendimiento á ver con visión inmediata semejantes objetos? Entrambas cuestiones deben resolverse en sentido negativo. Por esto los sentidos afectivos se denominan tales, porque con ellos no percibimos los objetos, sino que experimentamos una afección. Al recibir la impresión del objeto, el sentido afectivo no se dirige á alcanzarlo verificando un acto de percepción; ántes se concentra en sí mismo, y siente complacencia ó desagrado á causa de la impresión recibida. Con este solo acto afectivo no alcanzamos todavía la verdad.—Tampoco la alcanza de una manera inmediata el entendimiento estimulado por dicho acto; es decir, que luego de verificado éste, no puede sin obra de discurso contemplar el objeto que ha hecho impresión en el sentido. Así, aunque tengamos la sensación de olor á causa de la impresión hecha por una rosa en el sentido de olfato, no por esto podemos inmediatamente contemplar con el entendimiento dicha rosa, como podemos contemplarla mediante el sentido de la vista.

Sin embargo, esto no nos autoriza para negar á los sentidos afectivos toda intervención en el acto del conocimiento de la verdad. Pues en primer lugar la sensación puede ser objeto de un acto perceptivo hecho por el sentido íntimo; por manera que si ella no tiene parte en el conocimiento como acto que se dirija al objeto, la tiene como objeto de una percepción. Sentimos el olor, la dulzura, etc., y al mismo tiempo por medio del sentido íntimo percibimos estas sensaciones, llegamos al conocimiento de la verdad ó realidad de las mismas. En segundo lugar, la sensación es la base del procedimiento necesario para llegar á deducir la existencia del objeto al cual es debida la sensación. Sin ésta no tendría lugar la percepción de la misma, y sin tal percepción no podría pasarse á discurrir para encontrar la causa de las sensaciones. Cuando hemos percibido en nos-

otros la sensación de olor, recordando el principio de causalidad, sabemos que aquella sensación ha de tener una causa, y pensando en los objetos de los cuales pudiera ser producida, deducimos que lo es de éste más bien que de los otros. De este modo y del anterior intervienen los sentidos afectivos en el acto del conocimiento de la verdad.

Pero dicen los escépticos: si las sensaciones son el fundamento de la deducción mediante la cual son conocidos los objetos que las causan; siendo ellas tan diferentes de los objetos mismos, ¿cómo podrán ser conocidos estos objetos según su realidad? Hé aquí la tercera clase de cuestiones contenidas en la dificultad objeto del presente exámen.

Las sensaciones son afecciones nuestras, y no son un traspaso de los objetos corporales: así por ejemplo, la sensación de olor debida á una rosa no es semejante á una flor encarnada ó blanca, que tiene hojas de forma ovalada ó redonda, y que determina tales ó cuales movimientos vibratorios en el aire de que está rodeada. ¿En qué se parece una afección del ser sensitivo á formas, movimientos y colores de objetos corporales? Convencidos de esta verdad no pretendemos que el entendimiento vea las sensaciones, y que por éstas como por medio de una imagen tenga conocimiento de los objetos sensibles.

Pero las sensaciones son una realidad, y cuando hayan sido percibidas, el entendimiento puede ahondar en su conocimiento valiéndose de principios metafísicos. Aplicando á las sensaciones percibidas el principio que á todo lo que tiene comienzo le asigna una causa, el entendimiento ve en las sensaciones su relación con la causa productora de las mismas. Descubre la causa en general y vagamente, y considerando los varios objetos que puedan tener este carácter, llega á descubrir de un modo particular y determinado cuál sea la causa de la sensación. No son imágenes, sino principios metafísicos los medios para llegar al conocimiento del objeto sensible, causa de nuestras afecciones.

El conocimiento de tales objetos no es directo como la percepción de otros objetos sensibles ó la contemplación de los objetos abstractos: es indirecto, porque primero se dirige á penetrar en la sensación percibida, terminando en la causa de la misma.

Esta serie de consideraciones nos ha dado, por lo que hace al conocimiento de la verdad, los siguientes resultados:

- 1.º Por medio de los sentidos perceptivos tenemos conocimiento evidente de ciertas cualidades sensibles y de las sustancias á las que están inherentes dichas cualidades;
- 2.º Por medio del sentido íntimo tenemos conocimiento perceptivo de nuestras sensaciones;
- 3.º Por medio de la razón tenemos conocimiento discursivo evidente de la causa de nuestras sensaciones á lo ménos de un modo general é indeterminado, y muchas veces también particular y determinadamente.

Por estos resultados se ve que el escepticismo está lejos de poder apoyarse en la pretendida impotencia de nuestras facultades.

IV

Y no tiene mayor motivo para apoyarse en los progresos de la ciencia.

Según Montaigne, la ciencia contemporánea destrona á la ciencia que en tiempos anteriores era reconocida por verdadera; y á su vez la ciencia del porvenir destronará á la de nuestros días. Contra una doctrina se aducirán argumentos que hoy serán tenidos por irrefragables, y mañana serán deshechos por personas más instruídas. Por lo cual, en vista de estos progresos y de estos cambios, debemos quedar siempre vacilantes y dudosos en órden á la verdad (1).

(1) Ainsi, quand il se présente à nous quelque doctrine nouvelle, nous avons grande occasion de nous en desfier, et de considerer qu'avant qu'elle feust produicte, sa contraire estoit en vogue; et comme elle a esté renversée par cet-

Para probar cuán fútil sea este argumento de los escépticos, no tenemos necesidad de negar el progreso verdadero. Admitimos que se han hecho grandes adelantos, y los aplaudimos, y esperamos otros nuevos en los tiempos venideros. Saludamos con júbilo todo linaje de progreso verdadero; y ni del que se ha verificado ya, ni del que está por verificarse, hemos de temer que nos obligue á abandonar las doctrinas evidentes que profesamos.

Para el progreso no es necesario un cambio continuo en las doctrinas, de manera que las que en una época son tenidas por verdaderas, hayan de ser desechadas por falsas en otra época posterior. Por el contrario, el progreso exige la estabilidad en las verdades evidentes, y el descubrimiento de otras nuevas; pues así es como va acrecentándose el tesoro adquirido (V. págs. 50 y 51).

El progreso no ha destruído ninguna doctrina evidente probando su falsedad. Esto es imposible, porque una verdad no puede oponerse á otra, y es una verdad toda doctrina evidente. Y ademas, de hecho no se ha verificado, segun resulta del examen imparcial de las doctrinas juzgadas verdaderas en una época, y despues desechadas justamente por falsas. Se han encontrado en este último caso doctrinas que eran opiniones, mas no verdades evidentes. Éstas, por el contrario, reciben una confirmacion de experimentos y estudios posteriores, cumpliéndose así la bella sentencia de Ciceron: «*Opinionum commenta delet dies, naturae judicia confirmat.*»

Estos cambios legítimos nos enseñan la moderacion en

tecy, il pourra naistre à l'advenir une tierce invention qui choquera de mesme la seconde. Avant que les principes qu'Aristote a introduicts feussent en credit, d'autres principes contentoient la raison humaine, comme ceulxey nous contentoient à cette heure. Quelles lettres ont ceulxey, quel privilege particulier, que le cours de nostre invention s'arreste à eulx... Quand on me presse d'un nouvel argument, c'est à moy à estimer que ce à quoy je ne puis satisfaire, un autre y satisfiera... Si nature enserre dans les termes de son progrez ordinaire comme toutes aultres choses, ainsi les creances, les jugemens et opinions des hommes; si elles ont leur revolution, leur saison, leur naissance, leur mort, comme les choulx, si le ciel les agite et les roule à sa poste, quelle magistrale auctorité et permanente leur allons nous attribuant? (Montaigne, *Essais*, l. II, cap. 12, págs. 359, 363, ed. cit.).

punto á doctrinas controvertibles, la necesidad de no adherirnos á las mismas con firme é irrevocable asenso; pero de ningun modo han de llevarnos á la duda respecto de las verdades evidentes.

V

Tampoco deben llevarnos á una duda universal los errores del hombre tan ponderados por los escépticos. Un sabio, dice Montaigne, puede errar, y ciento tambien. Pueden errar una y muchas naciones, y aún todo el linaje humano. Somos de parecer que éste se ha equivocado por espacio de algunos siglos. Siendo esto así, ¿qué seguridad podemos tener de que el linaje humano cese de equivocarse, y de que en nuestra época no siga equivocándose todavía (1)?

Para responder debidamente á esta dificultad conviene ante todo examinar hasta qué punto es verdadero el hecho que se alega. ¿Es verdad que el hombre yerre siempre y en todas las cosas? Ciertamente no, y los escépticos no lo han probado ni lo pueden probar. Ademas de que, si esto fuera verdadero, errarían tambien los escépticos al enseñar su doctrina, y no tendrían que proponerla ni alegar razones para persuadir á los demas.—¿Es verdad que el hombre caiga muchas veces en error tocante á algunas cosas? En esto no cabe duda por ser un hecho de todos observado.

Ahora bien: el hecho de los errores del hombre con la limitacion mencionada no se opone al hecho de que el hombre muchas veces y en muchos puntos conoce la verdad: uno y otro son hechos igualmente ciertos y averiguados. Es cierto que el hombre muchas veces afirma cosas opuestas á la evi-

(1) Puisqu'un homme sage se peult mescompter, et cent hommes, et plusieurs nations; voire et l'humaine nature selon nous se mescompte plusieurs siècles en cecy ou en cela; quelle seureté avons nous que parfois elle cesse de se mescompter, et qu'en ce siècle elle ne soit en mescompte? (Montaigne, *Essais*, l. 2, cap. 12, pág. 363, ed. cit.).

dencia, como lo es que otras muchas veces afirma lo que es evidente. Siendo manifiesto que lo evidente es verdadero, lo es asimismo que el hombre en aquellos primeros casos cae en error, al paso que en estos otros profesa la verdad. Se contradice lastimosamente quien califique de erradas las afirmaciones de la primera clase, y á las de la segunda rehuse calificarlas de verdaderas.

Precisamente por esto la dificultad que examinamos, más que á la doctrina dogmática se opone al escepticismo. Declaran los escépticos que el hombre cae muchas veces en error; y no pueden hacer esta declaración sin tener conocimiento de la verdad. Lo opuesto á la verdad es el error; y por lo tanto para saber que una doctrina es errada, debemos ántes saber en qué consiste la verdad, y si aquella doctrina se le opone. No supiéramos que una línea es curva, si nouviésemos conocimiento de la línea recta; ni podríamos hablar de ángulos agudos y obtusos sin saber en qué consiste el ángulo recto: del mismo modo no podemos calificar de errada una afirmación sin tener previo conocimiento de la verdad.

Los errores en que el hombre cae, prueban que éste no siempre conoce la verdad, pero no que jamás la conozca. Muchas veces la conoce, y otras muchas no. Aunque su conocimiento no tenga toda la extensión posible, sin embargo tiene alguna; como una línea que, sin tener cien metros de extensión, llegue no obstante á los diez. De la falta de una parte de los cien metros no puede inferirse la falta de todos ellos; y asimismo de la falta de toda la extensión posible del conocimiento de la verdad es ilegítimo el deducir la falta absoluta del conocimiento de la misma.

Por lo cual, si el hecho de caer el hombre en errores existe junto con el otro hecho de conocer muchas veces y en muchos puntos la verdad; si el conocimiento de ésta se halla envuelto en el conocimiento de aquellos errores; si éstos sólo prueban la falta de una extensión posible en el conocimiento humano, en balde los escépticos alegan tales errores para dar sólido fundamento á su doctrina.

VI

No es ménos vano el fundamento que los escépticos pretenden encontrar en la divergencia de opiniones. Lamennais, juntando esta dificultad con la anterior, dice que cada siglo, cada país, cada hombre tienen sus opiniones, inconstantes como los sueños, y con frecuencia opuestas entre sí. Nosotros nos reímos de las ideas de nuestros predecesores, como ellos se rieron de las de los suyos, como los venideros se reirán de las nuestras. Uno dice: esto es convincente. Nada hay más absurdo, replica otro. ¿Quién será el juez que dirima la cuestión (1)?

Montaigne, considerando la cuestión bajo otro punto de vista, pretende ver en la divergencia general de opiniones un indicio de que no vemos las cosas con bastante claridad, y de que no las conocemos por medio de una potencia natural. Pues si viéramos las cosas con bastante claridad, pudiéramos persuadir á los demás; si las viéramos por medio de una potencia natural, tendríamos esta potencia todos indistintamente; y tanto en uno como en otro caso cesaría tanta variedad de opiniones. Si nuestro conocimiento es oscuro, y procede de una facultad adquirida, hay motivo para desconfiar de él, y es legítima la duda universal (2).

Para responder á esta dificultad no hemos de negar el he-

(1) Chaque siècle, chaque pays, chaque homme a les siennes (opinions), aussi inconstantes que les rêves du sommeil, et souvent opposées entre elles... Nous nous rions des idées de nos pères comme ils s'étoient ri des pensées des leurs, et comme nos enfants se riront de nos opinions. Qu'est-ce donc que le vrai, et qu'est-ce que le faux? Cela est convaincant, dit l'un; rien n'est plus absurde, répond l'autre: qui sera juge entre eux? (Lamennais: *Essai sur l'indifférence en matière de religion*, t. II, 3.^a partie, cap. 1, ed. Garnier, 1859).

(2) ...Ce qu'il ne se veoid aucune proposition qui ne soit débattue et controversée entre nous, ou qui ne le puisse estre, montre bien que nostre jugement naturel ne saisit pas bien clairement ce qu'il saisit; car mon jugement ne le peut faire recevoir au jugement de mon compaignon: qui est signe que je l'ay saisi par quelque aultre moyen que par une naturelle puissance qui soit en moy et en tous les hommes. (Montaigne: *Essais*, l. 2, c. 12, pág. 354, ed. cit.).

cho manifiesto de la innumerable muchedumbre de pareceres encontrados; pero sí dividiremos estos pareceres en dos clases. Pareceres encontrados los hay tocante á objetos evidentes, y tocante á objetos que no lo son. Evidente es la existencia del mundo corporal; y al paso que la generalidad de los hombres la afirma, hay algunos que la niegan. No es evidente que el hombre haya existido en el período terciario; y tocante á esta existencia unos geólogos sostienen la opinion afirmativa y otros la negativa.

Respecto á las cuestiones no evidentes puede ser razonable la diversidad de opiniones, porque puede haber motivos para pensar de esta ó de aquella manera. En tales cuestiones, como que falta el principio de la certeza, la duda es legítima, pero de ningun modo llega á ser escepticismo.—Respecto á las doctrinas evidentes, la diversidad de pareceres no puede ser motivo de duda; porque en primer lugar, siendo la evidencia el principio de la certeza, cuando recaiga sobre una doctrina, debe el entendimiento hacer el acto de adhesion firme; y en segundo lugar, el parecer de algunos ó de muchos contrario á una doctrina, es motivo de duda en cuanto deja presumir la existencia de alguna razon poderosa á favor suyo; mas cuando se trata de doctrinas evidentes, no hay tales razones, pues se trata de doctrinas verdaderas.

La evidencia es medio seguro para dirimir las controversias entre personas dispuestas á abrazar la verdad donde quiera que se la encuentre. Por esto, respecto de la segunda clase de doctrinas no debía Lamennais preguntar quién dirimiría la controversia. Con semejante pregunta suponía que no existe un medio para dirimirla, lo cual es una suposicion falsa. Existe ese medio en la evidencia en cuanto criterio de la verdad y principio de la certeza.

Tampoco debía Montaigne buscar la causa de la diversidad de opiniones en la falta de conocimiento evidente y de facultades cognoscitivas naturales. Es cosa manifiesta y revelada todos los días al sentido íntimo de cada uno de nosotros que tenemos muchas veces conocimiento claro y evidente. Tenemos este conocimiento por medio de facultades empíricas, abs-

tractivas y deductivas, comunes á todos los hombres é incluídas en nuestra naturaleza sensitivo-racional. Negar estos hechos es negar la luz del mediodía; explicar por la negacion de los mismos la diversidad de opiniones es dar una explicacion fantástica de un hecho real.

Para esplicarlo conforme á la verdad, podía Montaigne haber encontrado dos fuentes abundantísimas en la limitacion de la naturaleza humana, y en la funesta influencia de las pasiones. Á causa de su limitacion el hombre está muchísimas veces falto de evidencia, y es llevado á opiniones encontradas. Á causa de su limitacion el hombre á veces deja de considerar las cosas bajo el aspecto más luminoso, é impugna doctrinas evidentes profesadas por otros que han acertado á considerarlas mejor. El corazon induce á la inteligencia á juzgar las cosas segun conviene á las aviesas inclinaciones de que está dominado, y así la aparta de las verdades profesadas por otras personas libres de tan perniciosa influencia.

Estas causas reales de la diversidad de pareceres han de conducirnos á sentir moderadamente de nosotros mismos, mas no á profesar el escepticismo. Si el hombre no puede ni con mucho alcanzar una ciencia infinita, puede á lo ménos poseerla en estension incalculable, de manera que con razon ha sido llamado «sensus et scientiae capacissimus (1).» Su limitacion le aleja del orgullo que en su ánimo engendra el panteísmo; lo vasto de su saber produce un sentimiento legítimo de gozo y de dignidad, opuesto al desaliento y desesperacion, resultados inevitables del escepticismo.

(1) Tertuliano: *De testimonio animae*, c. 1.